Master Negative Storage Number

OCI00042.09

Historia del pretendiente

Madrid

[1894?]

(CUATRO PLIEGOS.)

HISTORIA

DEL PRETENDIENTE

Á LA CORONA DE ESPAÑA,

D. CARLOS DE BORBON Y ESTE (a) EL TERSO.



MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

HISTORIA DEL NIÑO TERSO.

I.

Si las grandes desgracias de la pátria no hubieran hecho célebre al desdichado y ambicioso personaje cuya historia vamos á escribir, creemos que hubiera sido inútil ocuparnos de una entidad que habria pasado desapercibida en el curso de los acontecimientos que de algunos años á esta parte se han verificado; pero fuerza es detenernos ante la historia de dicho personaje, puesto que valiéndose de nuestras discordias intestinas ha producido cinco años de desgracias, haciendo no tan solo que la sangre española se derrame á torrentes, sino que se encienda una guerra civil que ha condenado la civilizacion y el progreso de los tiempos.

Cárlos V de Borbon habia sido vencido en 1839, y por el convenio de Vergara los defensores de aquel primer pretendiente á la corona de España tuvieron que dejar el territorio español con el mal aconsejado príncipe que habia sido el orígen de aquella guerra. Don Cárlos tenia tres hijos: don Cárlos, que tomó el nombre de conde de Montemolin, don Juan y D. Alfonso, y estos emigraron con su padre, yendo despues de haber estado presos en Bourges (Francia) por órden del entonces rey de los franceses Luis Felipe de Orleans, á Trieste, donde la casa imperial de Austria les pasó una pension para que pudieran vivir con el decoro propio de príncipes españoles.

Abdicó D. Cárlos sus pretendidos derechos en su hijo primogénito, el referido conde de Montemolin, y este dispuso aquella corta campaña de 1847, llevada á cabo en Cataluña

y que reconoció por causa el casamiento de Doña Isabel II. Vencida esta segunda guerra, volvieron á Trieste los desengañados príncipes y allí permanecieron en el destierro, hasta que muerto D. Cárlos María Isidro de Borbon, ó sea el primer pretendiente, apelaron los hijos de este á una intentona desesperada, pero que no dejaba de estar bien urdida, y la cual fué la de San Cárlos de la Rápita, que costó la vida al general Ortega, que se declaró partidario del pretendiente.

Sorprendidos D. Cárlos conde de Montemolin y D. Alfonso su hermano en una estacion del camino de Tortosa, fueron hechos prisioneros; pero la entonces reina de España Isabel II los perdonó generosamente, y llenos de vergüenza volvieron al estranjero para morir misteriosamente y casi de repente al poco tiempo en uno de los pueblos de Austria.

Habiendo pues fallecido D. Cárlos conde de Montemolin, que entre los carlistas se llamó Cárlos VI, y su hermano don Alfonso, solo quedaba D. Juan como único heredero de la segunda rama de los Borbones; pero este que se habia casado con Doña Beatriz de Este, una de las archiduquesas de la casa de Austria, léjos de aceptar los derechos que vinieran de su familia, se consagró á una vida disipada y llena de proceso lasaventuras, siendo arrastrado á ellas por un D. Enrique Lazeu, su secretario íntimo, que era una persona de no muy limpios antecedentes. Aconsejó el referido secretario á su señor que reconociera á su prima Doña Isabel II, pues la causa de su familia estaba completamente perdida, tanto más cuanto la reina tenia herederos directos, y este consejo fué aceptado por D. Juan, viniendo Lazeu á España para tratar del reconocimiento y sucesion del ex-príncipe emigrado.

No ha esclarecido la historia todavía la razon y el por qué no fué admitido el reconocimiento del último hijo de don Cárlos V como lo fué el del infante D. Sebastian; pero Lazeu recibió órden de salir inmediatamente de España, y desde entonces el ex-fante D. Juan que la habia echado hasta de liberal, no volvió á insistir en su demanda ni su nombre volvió á figurar en las diversas cábalas políticas que se ponian en juego cuando convenia á las intrigas de los partidos que iban poco á poco preparando con sus torpezas la revolucion de Setiembre y el hundimiento del trono de Doña Isabel II.

Durante esta série de acontecimientos habia tenido lugar en una aldea de Austria un hecho que habia de contri-

buir con el tiempo á otros sucesos históricos de la mayor importancia. Era una tarde oscura y borrascosa y una silla de posta corria á todo escape por el camino que vá de Gratz á Viena. Dentro de aquel carruaje iban dos viajeros, un caballero y una dama, viéndose en el semblante de esta las huellas de recientes padecimientos, puesto que en aquellos momentos habia sentido el anuncio de los dolores maternales, y era de temer, segun estos anunciaban, que la señora se viera en el caso de tener un alumbramiento en medio del camino. Recibió el postillon órden de apretar la carrera de los caballos, y de este modo llegaron al oscurecer á la aldea de Laybach penetrando los viajeros en una mala y miserable posada, único punto en donde en aquella ocasion pudieran encontrar hospitalidad.

Arrecian los dolores maternales, y allí la señora, en un cuarto sin comodidad, sin tapices, sin nada que pudiera recordarle el lujo de otras habitaciones, dió á luz un niño, sin que tuviera en el momento ni pañales en que envolverlo. Esto sucedia el dia 14 de Marzo de 1848. Ahora bien; ¿quiénes eran los que se encontraban en aquella situacion en una aldea casi desconocida? El uno era D. Juan de Borbon, ex-infante de España, la señora era Doña Beatriz de Este, su esposa, y el recien nacido el famoso pretendiente D. Cárlos, cuya historia vamos á escribir.

Nació pues el *niño Terso*, como se le llamó más tarde por razones que en el debido tiempo explicaremos, en una oscura aldea, sin fortuna y sin ostentacion, cuando sus padres sufrian todos los rigores de la emigracion y de la desgracia, yendo á vivir despues de este suceso á la ciudad de Gratz, donde más tarde nació el ex-infante D. Alfonso, hermano del pretendiente. Triste y retirada era la existencia de aquel matrimonio, y como el carácter de D. Juan era díscolo, pronto se cansó de la vida matrimonial que llevaba y dejó á su esposa entregada al cuidado de sus hijos, mientras él buscaba por medio de su secretario D. Enrique Lazeu, los medios de reconquistar su antigua posicion de infante de España reconociendo á Isabel II.

Abandonada Doña Beatriz de Este por su marido, justo es decir aquí, en nombre de la imparcialidad con que debe escribirse esta historia, que aquella señora supo mantenerse dignamente con sus dos hijos, sufriendo los golpes de la adversidad á que la condenaban los acontecimientos de Europa, y

acaso sin ella preverlo fué formando el corazon de los dos jóvenes en las creencias tradicionales de su familia y en los soñados derechos que creian tener á la Corona de España, puesto que ella tambien, hija de Francisco IV, gran duque de Toscana; era una víctima de las discordias civiles que habian lanzado á su familia de uno de los Estados más florecientes de Italia. Naturalmente se comprende que aquella madre que se hallaba constantemente dominada por una exaltacion religiosa, exaltacion que hoy la tiene encerrada en uno de los conventos de monjas de Gratz, habia de influir extraordinariamente en los sentimientos de sus hijos, haciendo que don Cárlos se considerase como el legítimo representante de la corona de España, y aleccionándolo en aquellas creencias que tan amargos frutos habian de traer más tarde para nuestra patria. Doña Beatriz dió por su carácter una educacion sombría á sus hijos: les eligió maestros que les enseñaran los síntomas más contrarios á los principios modernos y se cuidó muy poco de instruirlos en la historia de la antigua pátria de la familia; es más, hasta no pensó en enseñarles el idioma castellano, cosa que fué imposible á causa de los españoles emigrados que los rodeaban. Sin embargo, de tiempo en tiempo llevaba á sus dos hijos á rezar junto al sepulcro de su abuelo, enterrado en la catedral de Trieste, y allí les explicaba en lengua italiana lo que aquel desdichado y mal aconsejado infante habia hecho durante la guerra de los siete años.

Estas tristes visitas se unian por lo regular con otras al monasterio de las Ursulinas de Gratz, por lo que así como don Cárlos recibia las nociones de un falso derecho al lado de la sepultura del primer pretendiente, así en el fondo del claustro de las monjas, oyendo los rezos y asistiendo al coro, segun las reglas de la comunidad, recibia las ideas de ese fanatismo religioso que más tarde habia de dar penosos resultados.

Quedaban de la antigua córte del llamado Cárlos V algunos leales servidores que no lo habian abandonado durante su largo destierro, y todos estos miembros aislados del absolutismo vieron en D. Cárlos la esperanza del porvenir. Don Juan estaba anulado por las protestas que habia hecho en sentido liberal, y esto le obligó á pensar en un acto de abdicacion, por lo que en tiempo oportuno traspasaria á su hijo primogénito sus pretendidos derechos, renunciando él por sí

á los mismos y dejando en pié de esta manera el principio de la legitimidad. Inmediatamente que este pensamiento cundió por los periódicos extranjeros, el partido carlista que habia estado como muerto en España despues de los sucesos de San Cárlos de la Rápita, principió la organizacion de nuevo. Al efecto se hicieron millones de fotografías representando al niño D. Cárlos, con la singularidad de que lo retrataron vestido conforme con el traje especial de la provincia donde se repartian los retratos; de modo, que en Andalucía se repartió la fotografía de D. Cárlos en traje andaluz, en Murcia se presentó vestido de murciano, en Galicia de gallego, en Cataluña de catalan, y así respectivamente en todas donde el traje caracteriza nuestros clásicos tipos provinciales.

El partido carlista no habia dejado de tener prudencia comprendiendo que más tarde ó más temprano habia de desaparecer el trono de Isabel II, y principió á hacer una propaganda activa en multitud de personas que por su carácter y posicion podian tener grande influencia en el porvenir. Desde luego este partido contaba con el ya viejo caudillo de las antiguas tropas carlistas D. Ramon Cabrera, que vivia en Lóndres opulentamente, en virtud de haberse casado con una inglesa muy rica, y esperaba pacíficamente la ocasion que muy pronto habia de presentarse al estallar la revolucion de 1868. Mientras tanto el 4 de Febrero de 1867 D. Cárlos, que contaba á la sazon con 19 años, se casó con Doña Margarita de Borbon, hija del duque de Módena y de la duquesa de Parma, y durante el período que faltaba para el acontecimiento histórico que apuntamos más arriba, aquel matrimonio recorrió gran parte del Austria, hasta que los graves acontecimientos de España vinieron á sorprender á los futuros pretendientes en sus correrías amorosas.

Acababa de tener lugar la revolucion de Setiembre de 1869 y el telégrafo publicaba por toda Europa que S. M. la reina Doña Isabel II abandonaba el trono de sus mayores.

II.

Tan luego como aquel grande acontecimiento tuvo lugar

en el escaso período de muy pocos dias, D. Cárlos, que estaba engreido con sus pretendidos derechos, se dirigió con su espòsa á París, puesto que este punto era el más á propósito para llevar adelante la obra que en su ambicion habia concebido. Llamabanle además los españoles que, renegando de la revolucion, pretendian dar fuerza y vitalidad al partido carlista, siendo los primeros que á esta empresa concurrieron los que venian llamándose en España *neo-católicos*, entre los que figuraban hombres prácticos y esperimentados como Nocedal; hombres desengañados como Gonzalez Bravo, hombres soñadores como Aparici y Guijarro, y hombres en fin como Villoslada, Tejado y otros que venian sosteniendo en la prensa carlista y religiosa el principio del derecho por una causa perdida.

D. Cárlos se fué á vivir á una modesta casa de Chaveau Lagarde, y desde aquel momento, es más, desde los primeros instantes de la revolucion, aquella casa fué visitada por todos los que querian resucitar el principio monárquico en la segunda rama, y aun por otros muchos españoles que iban allí á visitar al pretendiente, de quien solo muy pocos se habian acordado durante los dias en que vivió ignorado y oscurecido en tierra extranjera.

Cuando esto sucedia ya D. Cárlos se habia dirigido á los soberanos de Europa por medio del histórico documento que vamos á presentar, y el cual, copiado al pié de la letra del original, dice lo siguiente:

Abdicacion de D. Juan de Borbon y comunicacion de la misma por D. Cárlos á los soberanos de Europa.

«Señor: Mi nacimiento y el estado actual de España, me obligan á poner en conocimiento de V. M. la siguiente abdicacion de mi augusto padre:

«No ambicionando más que la ventura de los españoles, es decir, la prosperidad interior y el prestigio exterior de mi querida patria; creo de mi deber abdicar, y por la presente abdico, todos mis derechos á la corona de España en favor de mi muy querido hijo D. Cárlos de Borbon y de Este. Dado en París á 3 de Octubre de 1868.—Firmado.—JUAN DE BORBON Y DE BRAGANZA.»

«Si Dios y las circunstancias me colocan en el trono de las Españas, me esforzaré en conciliar lealmente las instituciones útiles de nuestra época con las indispensables de lo pasado, dejando á las Córtes generales, libremente elegidas,

la grande y difícil tarea de dotar á mi querida patria de una Constitucion, que, segun espero, será á la vez española y definitiva. El dia en que logre tanta dicha, estrecharé con V. M. cuanto sea posible mis relaciones personales, y con vuestro pueblo las de mi pueblo. Recibid, señor, la seguridad de mi mas alta consideracion.—Firmado.—*Cárlos de Borbon y de Este.*»

«París 29 de Octubre de 1868.»

Así se daba á conocer al mes justo de haber estallado la revolucion el nuevo pretendiente. Necesitando para legitimar sus derechos del acto de abdicacion de su padre, la presentaba como el principio de sus actos públicos, y desde el instante, como hemos indicado anteriormente, acudieron á su lado todos aquellos que veian en él una esperanza para su partido y un nuevo camino para su medro personal. En efecto, llenos venian por entonces los periódicos realistas de relaciones poéticas respecto de D. Cárlos y de Doña Margarita. Al primero le presentaban como un jóven deseoso de instruirse, de oir consejos, de escuchar á todos, de imitar los ejemplos más dignos y heróicos, y á la segunda la adornaban de esas dos bellezas que constituyen á la mujer digna y á la esposa amante, esto es, la del cuerpo y la del alma.

Pensóse entre aquellos nuevos regeneradores de la patria en hacer un estudio histórico y una prueba mayor de los derechos que D. Cárlos tenía á la corona de España, y se convocó una junta en Lóndres para hacer una demostracion legal de los referidos derechos. Reuniéronse allí los notables jurisconsultos Comin y Apariel y Guijarro, el conde de Orgáz y Labandero, con otros personajes del antiguo bando carlista, Elío y Ceballos, y todos convinieron que nadie como D. Cárlos tenía derecho al vacante trono español. Pensóse en los medios que habian de adoptarse para conseguir el pensamiento de realizar tan difícil empresa, y aunque algunos optaron por la idea de levantar el negro pendon de la guerra, otros más prudentes optaron por la propaganda pacífica, puesto que la revolucion permitia la más ámplia libertad en materia de opiniones. Consultado en definitiva el antiguo caudillo carlista D. Ramon Cabrera, que vivia y vive opulentamente en Lóndres, este aceptó un término medio que fué el partido que se tomó. Hacer la propaganda pacífica sin perjuicio de preparar á la guerra á los antiguos partidarios

del carlismo y á los que de nuevo aceptaban esta opinion á causa de los sucesos.

Acordado esto en último resultado, tomó D. Cárlos el título de duque de Madrid para ser reconocido por sus parciales, recibiendo Aparici y Guijarro el encargo de dirigir la secretaría del nuevo duque en el terreno pacífico y D. Ramon Cabrera el de ir organizando en todas las provincias de España las fuerzas que habian de presentarse, en el estremo de que fueran ineficaces los procedimientos legales.

Sobre todo, era indispensable dar á conocer las ideas políticas del nuevo pretendiente, puesto que sólo se le conocia por las conversaciones particulares, y esto era lo que procedia para que las consecuencias futuras encontrasen una solucion la más pronta y favorable.

En vista de esto, y despues de haberse dirigido, como dijimos antes, de un modo nuevo y singular á los soberanos de Europa, quiso darse á conocer entre los españoles, y al efecto, por medio de una carta dirigida á su hermano D. Alfonso de Borbon y de Este y que llevaba la fecha de 30 de Junio de 1869, expuso su plan de gobierno, ó mejor dicho, su programa político, en donde decia que la España antigua necesitaba grandes reformas; que habiéndose destruido mucho nada se habia reformado, y que con haberse hecho tanto estaba por hacerse casi todo. Despues añadia, exponiendo principios concretos de gobierno, que el pueblo español deseaba que el rey fuera rey de veras y no sombra de rey.

Que fueran las Córtes ordenada y pacífica junta de independientes é incorruptibles procuradores de los pueblos y no asambleas tumultuosas ó estériles de diputados empleados ó de diputados pretendientes.

Que era partidario del principio de descentralizacion.

Que el Municipio tuviera vida propia, así como la provincia.

Que queria dar á España la libertad que es hija del Evangelio.

Que queria salvar la Hacienda y que queria proteger la industria nacional combatiendo la libertad de comercio.

Despues de esta carta-manifiesto, que se recibió por el partido carlista con un gran entusiasmo, y cuya carta fué objeto de recios debates en la prensa, escribió otra desde La Four de Peitz en 8 de Junio de 1870 dirigida al marqués de Villadarias, en la que daba las gracias á las juntas católico-

monárquicas que se habian creado en toda España, y el 8 de Octubre del mismo año publicó un manifiesto á los españoles protestando contra la revolucion porque habia llamado al trono á D. Amadeo de Saboya.

Ya en este manifiesto se ve la amenaza de la guerra civil que más tarde habia de asolar al país.

«Por eso levanto hoy mi voz, decia el temerario pretendiente, protestando ante Dios y las potestades legítimas, »ante el pueblo español. Y ruego al pueblo español, con »quien estoy identificado por mi sangre, por mis ideas, por »mis sentimientos y hasta por comunes dolores, que tenga »confianza en mí como yo la tengo en él. Por la memoria de »nuestros padres y por la salvacion de nuestros hijos cumplirá ese hidalgo pueblo con su deber y yo con el mio.»

Fácil es comprender que toda esta série de documentos, escritos en correcto y castizo lenguaje español, era obra de D. Antonio Aparici y Guijarro, que merecia un favor ilimitado de D. Cárlos y su familia; pero este hombre público, á quien es preciso hacer justicia como se la hicieron los hombres liberales, tuvo que abandonar su cargo por causa de la enfermedad de asma que padecia, hasta que vino á morir de repente en Madrid en la noche del 5 de Noviembre de 1871.

Muerto Aparici, recibió D. Cándido Nocedal la mision de sustituir á aquel y de activar la propaganda carlista que se estaba haciendo en España, la cual era cada dia mayor. En todas las capitales de provincia se fundaron periódicos legitimistas y en la legislatura primera y única del reinado de D. Amadeo vinieron á las Córtes sesenta y siete diputados carlistas. Mientras tanto, D. Cárlos levantaba una especie de empréstito, nombraba generales y comandantes que iban á las provincias respectivas á organizar misteriosamente las partidas con que más tarde principió la guerra civil, y tal se creyó ya dueño de los destinos de España, que principió á no admitir consejos de hombres experimentados, y por consiguiente á indisponerse con los que más podian servirle y protegerle en sus desatentadas esperanzas. En poco tiempo cayeron en desgracia para con él Nocedal y los hombres que creian que se podia llegar al triunfo de la causa carlista sin ensangrentar el país con una guerra civil, y el mismo Cabrera que habia recibido el encargo de dirigir la organizacion militar por participar de estas ideas, se vió en desgracia porque era enemigo de precipitar los acontecimientos.

No era D. Ramon Cabrera, caudillo célebre de las pasadas guerras civiles, quien aguantase los desatinos y la pretenciosa ambicion de D. Cárlos, que ya se creia rey de veras, y desde Lóndres hizo respetuosa dimision del cargo con que habia sido investido, lo cual produjo no poca agitacion en el bando carlista. Sabiase por una triste esperiencia que Cabrera era el único general carlista que con su prestigio y su valor podia revivir en toda su pujanza la causa del absolutismo; pero D. Cárlos se creyó que él era bastante para todo, y por medio de un decreto, que él mismo escribió, se invistió de la autoridad que habia concedido á Cabrera, mientras este se retiró disgustado á su casa dispuesto á no mezclarse en nada de cuanto en lo sucesivo pudiera ocurrir. No faltaron hombres de esperiencia que dijeron al *Niño Terso*, puesto que así se le principió á llamar por carlistas y liberales, los males que podian sobrevenir á la causa por el rompimiento habido entre él y Cabrera, pero D. Cárlos despreció soberanamente tales consejos, y para evitar que nadie le molestase, convocó en Vevey (Suiza), donde á la sazon residia, á los representantes de todas las juntas carlistas de España, ya para exponerles las razones que le habian inducido á romper con Cabrera, ya para que le reconocieran más directamente.

Es Vevey, ese delicioso sitio de Suiza, aldea de corto vecindario, situada á las márgenes de un lago y lleno de elegantes *chatelets* ó casas de campo en donde los jardines y las flores llenan el ambiente de perfumes. Allá fueron pues todos los represententes de las provincias del bando carlista, y fácil es comprender que aquellos buenos señores volvieron encantados de su fantástico monarca. D. Cárlos se presentó á ellos teniendo ya á su lado á su célebre secretario D. Emilio Arjona; les dirigió un discurso de circunstancias, afectó un sentimiento profundo por la especie de rebeldía en que se habia colocado el general Cabrera y acabó por decir que siendo él la representacion viva de su derecho no necesitaba á nadie para vencer. Despues les presentó á Doña Margarita, la cual á su vez les enseñó dormido en una cuna á D. Jaime, el hijo de D. Cárlos, y llegó la amabilidad de esta señora á tal extremo que tocó el piano delante de los representantes mientras que D. Cárlos les obsequió con café y con puros.

El fin de esta conferencia fué el cometer un doble error divorciándose por completo de Cabrera, y cuando los repre-

tantes de Vevey llegaran á España era evidente que la guerra estallaria de un momento á otro.

III.

Ante las demostraciones constantes que el partido carlista estaba haciendo en favor de su causa, D. Cárlos creyó buenamente que le bastaba presentarse en España para marchar casi en triunfo hasta Madrid. A tal extremo habia llegado la fatuidad de esta materia que no queria oir los consejos de generales como Elío, Ceballos y otros que tenian buena experiencia de las cosas, y esperó la primavera de 1871 para principiar la lucha armada en todas las provincias de España. Obediente la minoría carlista de las Córtes á este plan y dirigida dicha minoría por un hombre tan experimentado como Nocedal, pronto se encontró una ocasion para el rompimiento, la cual fué la desunion de la libertad religiosa. El 17 de Abril de dicho año llegaron á Madrid las órdenes para que las partidas carlistas se pusieran en armas y el 19 la referida minoría se retiraba del Congreso dando un manifiesto á la nacion en el que se decia que no siendo posible la lucha legal se apelaba á la suerte de las armas. Esta osada declaracion de guerra produjo una sensacion inmensa en Madrid, pues al mismo tiempo se supo que las Provincias se habian levantado y por todas partes brotaban partidas carlistas mediante la organizacion que estas habian recibido.

No describiremos sino en globo muchos acontecimientos de esta primera campaña, para concretarnos á todo lo que tuvo relacion directa con la vida del pretendiente, en razon á que es su historia individual y no la historia de la guerra la que estamos escribiendo; así es que pasaremos en alto el levantamiento de las Provincias vascongadas para venir á esplicar la entrada de D. Cárlos en España, el cual penetró en ella por las inmediaciones de Vera el 2 de Mayo, dia de uno de los hechos históricos más notables de nuestra patria.

Aprovechando esta circunstancia, D. Cárlos publicó una proclama dando un nuevo carácter á la referida fecha; confesó y comulgó antes de entrar en nuestro territorio, y su primer

acto cuando llegó á pisarlo fué escribir su nombre y la fecha de la entrada en un robusto alcornoque que encontró en el camino. Este hecho fué bastante para que D. Cárlos fuera denominado *El rey de los alcornoques* como ántes habia sido llamado el *Niño terso*, por decir que la causa que simbolizaba tenia una tersura tan limpia como la de un espejo.

Creyó D. Cárlos que verdaderamente era rey de España tan luego como se oyó aclamar por sus partidarios; escuchó el repique de las campanas de los pueblos fronterizos y fué recibido en palio por algunos curas del tránsito; mas el desengaño iba á llegar pronto y de un modo tal que es seguro no lo habrá olvidado todavía. Confiaba, segun lo que el inesperto ex-príncipe le habia hecho creer, que tan luego como las tropas lo viesen lo aclamarian con entusiasmo, y rodeándose de sus mejores tropas se dirigió al pueblo de Oroquieta, esperando de un momento á otro noticias que vinieran á demostrarle la exactitud de sus creencias. Antes de asistir á un soberbio banquete que le habia dispuesto el cura de dicho pueblo lo recorrió de un estremo á otro, felicitó su juvenil entusiasmo á algunas muchachas que le presentaron diversos regalos, y hasta es fama que el pretendiente se iba detrás de *ellas* que era un primor. Al medio dia sentóse á la mesa con gran parte de su comitiva y allí hubo brindis y algazara hasta que á los postres vino un parte diciendo que se acercaba una columna de tropa. Cundió la alarma inmediatamente; pero confiado D. Cárlos que aquellas tropas venian á presentársele, se sentó á la puerta de la casa del cura y se puso á leer algunos periódicos. Pero no bien se habia engolfado en la lectura de ellos, cuando el azorado cura se le presentó diciendo:

—Señor, que vienen, que vienen!

No bien lo habia acabado de pronunciar, cuando resonaron por todas partes recias y nutridas descargas. Los carlistas, mal avenidos y peor dirigidos, quieren sostenerse en sus posiciones, pero pronto son arrollados, y las valientes tropas del general Moriones avanzan haciendo fuego. Azorado don Cárlos ante aquella sorpresa, monta á caballo segun unos, y se esconde segun otros; pero lo cierto es, que sobrevino la noche, y el pretendiente desaparece sin que absolutamente nadie pudiera saber á dónde se habia metido.

La derrota de los carlistas fué completa, se cogió un caballo blanco, que se dijo que era de D. Cárlos, y como des-

de entonces no volvió á aparecer, se aseguró con visos y fundamentos de verdad, de que habia muerto en la accion, y por tan muerto se tuvo, que hasta muchos de sus partidarios así lo creyeron.

Lo positivo es, que desde la accion de Oroquieta, que se dió el 5 de Mayo de 1871, hasta Junio de 1873 nadie supo ni aun hoy se sabe de un modo positivo, lo que habia sido ó fué de D. Cárlos. Él, lleno de pavor, huye de sus enemigos y desaparece; relaciones que tenian buen orígen, decian que herido mortalmente habia ido á morir á un pueblecillo de Francia, mientras otros afirmaban que se habia dirigido á Roma en peregrinacion. Indecisa la opinion por largo tiempo, se publicaron multitud de relaciones respecto al destino de D. Cárlos, siendo la más admitida la de que habia muerto, y que el D. Cárlos que resultaba exactamente, era un personaje que se le parecia muchísimo, y con el cual se queria avivar el espíritu carlista, que á pesar de la derrota de Oroquieta y convenio de Amorovieta, se organizaba de nuevo para una segunda y más formidable Campaña. El pretencioso D. Cárlos que se habia muerto, como se dijo, y ni tan siquiera estuvo herido, acababa de aprender en poco tiempo que su influencia era nula, que su vanidad era extemporánea y que su ambicion no podia lograr nada, exponiéndose á ciegas confianzas. Conoció su error de haberse divorciado las simpatías de Cabrera, y se entablaron negociaciones para venir á parar á una avenencia; pero el carácter de D. Cárlos era tan contrario á doblegarse á ciertas cosas que cuantas veces se intentó la reconciliacion otras tantas hubo de romperse. Mezclóse por último doña Margarita en este asunto; hubo entrevistas, ciertas reconvenciones mútuas y nuevos intentos de alianza. La mujer de Cabrera se oponia abiertamente á que su marido volviera á servir en la causa del pretendiente; pero la expresada doña Margarita le escribió, y por último, vino á París, residencia de los aspirantes á la corona de España, una persona de la absoluta confianza de Cabrera para conferenciar.

—Y bien, señora, dijo el enviado de Cabrera á doña Margarita: presentaré á V. M. con entera franqueza, lo que quiere el general Cabrera para ponerse al frente del partido carlista en la nueva campaña que se prepara: quiere simplemente que el rey no se mezcle absolutamente en nada que corresponda á la direccion de la guerra.

—Se lo diré á mi esposo y veremos, contestó aquella señora poniéndose pálida;—pero D. Cárlos se negó por completo á la exigencia de Cabrera, y las negociaciones quedaron rotas en definitiva.

A principios de 1873, D. Cárlos se acercó á la frontera, y comenzó el movimiento en Vizcaya, á la par que D. Alfonso de Borbon y de Este entraba en Cataluña. Organizados los carlistas en Navarra, combatian en Osana y en Sessina, bajo las órdenes de Ollo y Pérula, y pronto se distinguen en Mendigorría y Urzubil, en donde queda destrozado un batallon del regimiento de Luchana. Dirigido el movimiento carlista con más habilidad y contando con los recursos que habian salido de las cajas del duque de Módena, resultó que Ollo en Navarra, Velasco y Valdespina en Vizcaya, Lizárraga en Guipúzcoa y Andechaga en Alava, levantaron el negro pendon de la guerra, mientras D. Cárlos se divertia en la frontera con multitud de jóvenes legitimistas franceses, dando no pocos escándalos en orgías y reuniones, en donde el bello sexo entraba en no pequeña parte.

Reclamó el gobierno al francés, para que alejara de la referida frontera á D. Cárlos y aquel foco de conspiradores, y aunque de mala gana el gabinete de Versalles publicó en el *Monitor* el siguiente decreto:

«Art. 1.° Se manda á S. A. R. al príncipe D. Cárlos de Borbon, duque de Madrid, que salga del territorio francés.

»Art. 2.° Mr. Gouller, comisario general de policía agregado á la direccion de seguridad general, queda encargado de la ejecucion del presente decreto.»

La consecuencia de esta medida fué que D. Cárlos entrara inmediatamente en España, como lo prueba el siguiente parte que recibió el Gobierno:—«Bayona 16 de Junio. Don Cárlos de Borbon ha entrado en España la noche pasada. Su primer paso ha sido dirigir una proclama á los voluntarios carlistas, y se coloca al frente de las tropas que manda el marqués de Valdespina y Lizárraga.»

A este parte, que llegó á Madrid el mismo dia 16, siguió la proclama de D. Cárlos, la cual principiaba así:

«Voluntarios: Invocando al Dios de los Ejércitos, y oyendo la voz de España agonizante, me presento en medio de vosotros, seguro de vuestro valor y lealtad. Escasos de recursos, pero ricos de fé y heroismo, habeis sabido mantener á gran altura una campaña inverosímil, fabulosa, sin pedir

en medio de privaciones y penalidades, nada más que armas.»

A seguida recordaba que aquel dia era el dia del triunfo de la Santa Cruz y de la Vírgen del Cármen, y concluia de este modo:

«España nos pide á gritos que acudamos en su socorro. Voluntarios: ¡Adelante! España dice que muere; con que á salvarla, voluntarios.»

Así terminaba aquel documento que revelaba las pocas condiciones militares de D. Cárlos. Este entró en Zugarramundi el 17 al medio dia, y montaba un magnífico caballo, yendo vestido con pantalon encarnado, americana cerrada, el toison, una placa, boina blanca con borla de oro y espada.

Al mismo tiempo que esto ocurria desembarcaban en Lequeitio quince mil fusiles para la faccion.

Desde el primer instante se conoció que el pretendiente no tenia mucha aficion al humo de la pólvora, y sí á las jóvenes y muchachas bonitas que se le presentaban en las contínuas recepciones que se le hacian por sus súbditos. Algunos curas que no les parecia bien semejante procedimiento, se acercaron á D. Cárlos, y de la manera más respetuosa le hicieron comprender que aquella predileccion por las jóvenes podia perjudicarle.

—¿Y qué? repitió el pretendiente: yo no vengo á que me deis consejos, sino á que me obedezcais. Y despidió á aquellos consejeros de una manera brusca y poco conveniente.

Los primeros meses de su estançia en las Provincias, solo pensó en pasearse y divertirse, dejando á sus parciales que se batieran, sin que él apareciese sino muy rara vez y en circunstancias muy favorables en los campos de batalla. Sin embargo, pasó diversas revistas y visitó multitud de poblaciones para conocer el espíritu de las mismas.

El 8 de Setiembre de 1873 asistió D. Cárlos á la monumental iglesia de S. Ignacio de Loyola. Desde el dia anterior, segun una correspondencia de un testigo presencial, no se encontraban ya ni en Azpeitia ni en Azcoitia, villas situadas á los dos extremos del valle de Lozoya, donde se levanta el monasterio, ni un solo albergue donde refugiarse. Muchas gentes tenian que pasar la noche al aire libre ó dentro de los vehículos en que habian ido. Un número mayor habia tenido que ir á pié por la escasez de carruajes y lo caro que cos-

taban. D. Cárlos llegó el 7 á Azpeitia, acompañado de su estado mayor, unos 80 caballos próximamente, y por otro lado llegaron á Azpeitia casi al mismo tiempo los seis batallones guipuzcoanos que mandaba Lizárraga. D. Cárlos se hospedó en el palacio del duque de Granada, en buena memoria sin duda de la fidelidad y de los grandes servicios que prestaron á su abuelo los ascendientes del duque actual.

Pero la ceremonia más interesante fué la que tuvo lugar el dia de la Vírgen. D. Cárlos, su estado mayor y los seis batallones guipuzcoanos recibian la comunion en el templo de manos del obispo de Urgel y de otros sacerdotes. Las tropas llegaban á las gradas del comulgatorio por compañías, y luego se salian á la pradera para que entrasen otros. Concluida la comunion de las tropas, el pueblo invadió el templo tumultuosamente.

D. Cárlos vestia una especie de dorman de paño grueso negro, guarnecido de astracan, pantalon encarnado con pernera de charol, como lo usa la caballería, boina encarnada con borla de oro, el toison y su fagin de general. Elío, Valdespina y Lizárraga vestian tambien con suma sencillez. Las tropas, uniformadas en su mayor parte, llevaban una blusa de lana azul con vivos encarnados, pantalon de tela y boina. Habiendo mostrado D. Cárlos deseo de ver al vicario de uno de los conventos de monjas del pueblo á quien su abuelo habia querido mucho, aquel eclesiástico se presentó con el hábito de franciscano. D. Cárlos, despues de hablar un rato con él, le dijo:

—Espero, reverendo padre, bue no volverá V. á quitarse esos hábitos.

—¿Cree V. M. que ya nadie podráimpedírmelo? contestó el escamado fraile.

—Así lo espero, respondió D. Cárlos con acento decidido.

El nombre de los batallones guipuzcoanos que asistieron á la comunion, eran: *El Triunfo*, *La Vírgen del Cármen*, *La Blanca*, *La Concepcion*, *Elgoivar*, *Lozoya* y *Tolosa*.

Cuando D. Cárlos estuvo alojado en Bermeo, escribió esto sobre la pared: «Quisiera que tal empresa pudiéramos acometer en servicio de España que fuese digna de ser cantada por el alto Ercilla.—*Cárlos.*»

Este deseo, como se verá, no llegó á cumplirse. En Octubre del 73 se volvió á intentar la reconciliacion de Cabrera con D. Cárlos, pero todo volvió á ser inútil.

Veíase favorecida la causa de D. Cárlos por las tristes circunstancias que pesaban sobre el país, puesto que la revolucion cundia por todas partes, y el gobierno de Madrid no tenia ni fuerza moral ni material; y á causa de esto se explica el rápido crecimiento de las huestes del Pretendiente. A fuer de imparciales, debemos decir, que ni su abuelo el ex-infante D. Cárlos, ni su tio el conde de Montemolin, encontraron circunstancias más favorables para sus fines, que las que encontró el titulado *Niño Terso*, y si entre los suyos hubiera habido buena direccion, y en él regular inteligencia, muchas y gravísimas complicaciones hubieran producido en el país, por la anarquía que reinaba en él.

Pero D. Cárlos, lejos, sin duda, de pensar en esto, se figuró que todo se lo iban á dar hecho, y se consagró á requebrar las jóvenes más bonitas del país, mientras los suyos andaban á tiros por las montañas, procurando siempre estar apartado de los puntos donde el peligro podia traer consecuencias algun tanto peligrosas. Semejante conducta, que no hablaba muy en favor del Pretendiente, le malquistó con sus más decididos parciales, y por eso se explica la continua mudanza de generales en jefe que se operaba en el campo carlista, desde que el pretendido rey tomó la direccion de los negocios. No faltaban osados consejeros que decian á D. Cárlos la verdad; pero éste, encerrado en sus ideas exclusivistas, no admitia observaciones de ningun género; lo cual producia efectos contrarios á los que él se proponia. Mientras tanto, la campaña siguió, siendo favorable al partido carlista durante todo el año de 1873. En todas las acciones y encuentros que se dieron, D. Cárlos brillaba por su ausencia, cuando si la direccion de aquellos asuntos hubiera estado en otras manos, las complicaciones hubieran sido inmensas.

Pero vinieron las recias batallas de Somorrostro y las acciones del Monte Abanto, en donde se peleó con un encarnizamiento atroz por una y otra parte; jugóse en aquellas jornadas el destino de la causa de la libertad y del absolutismo, y D. Cárlos unas veces en Estella y otras en Durango, no se acercaba sino alguna que otra vez á retaguardia de su ejército, mientras Ollo, Radica y D. Cástor Andechaga, los héroes más osados del carlismo, siempre estaban batiéndose en primera fila.

Fué necesario todo el esfuerzo del ejército liberal, toda la inteligencia de los generales para dominar los formidables

obstáculos que debian llevarlos á Bilbao, llave de aquella terrible campaña. El ejército carlista se hallaba escalonado desde cerca de Castro hácia San Turce y Portugalete. Principiase á hablar de una expedicion á Castilla, que no llegó á verificarse, y D. Cárlos se trasladó á Balmaseda, donde tenia al principio el grueso de sus fuerzas. Desde allí pasó á Durango, desde donde lo mismo podia dirigirse á Guipúzcoa que á Alava, para tener abierto el camino de la Borunda y oponerse así al movimiento de Moriones, viéndose sorprendido en estas posiciones con la noticia de la muerte de su abuela la condesa de Molina, que espiró en Trieste el 18 de Enero de 1874.

Consagró D. Cárlos un dia en celebrar con honras fúnebres la memoria de la que fué esposa de Cárlos V, el primer pretendiente, y despues se volvió á dedicar á aquella contienda, que principió el 25 de Febrero con la batalla de Somorrosto, siguió en las jornadas del Monte Abanto, Monte Montaño y Monte Jabeo, que fueron las más terribles de la guerra, hasta que terminó aquel episodio sangriento con el glorioso levantamiento del sitio de Bilbao, llevado á cabo por los ilustres generales Concha, Serrano, Martinez Campos, Ruiz Dana y otros.

Librándose en aquellas colosales jornadas el destino y el porvenir de la guerra, pues es sabido que las tropas y los carlistas se defendian con igual valor, ¿qué hacia D. Cárlos en aquellos dias de inmenso y extraordinario interés? Don Cárlos estaba en Portugalete á retaguardia de las posiciones que ocupaba su ejército; D. Cárlos sentia todos los dias el estruendo de los cañones enemigos, pero sin acercarse á las trincheras; y allí, mientras morian sus más decididos partidarios Ollo, Radica y D. Castor Andechaga, él se entretenia en firmar decretos, haciendo teniente general á Dorregaray, y sembrando por medio de favores de un dia, que desaparecian al siguiente, la envidia y la division entre los suyos.

Siguiendo la costumbre de celebrar sus triunfos y desgracias con fiestas religiosas, asistió á las honras de Ollo y de Radica, dirigió algunas proclamas á sus parciales, apareció á veces en el campamento cuando habia una especie de tregua entre los beligerantes, y aun admitió algunas visitas que le hicieron varias personas de importancia.

Se ha dicho que durante la tregua tácita que existió

despues de la toma de Juco y Santa Juliana, hubo una entrevista entre D. Cárlos y el duque de la Torre, y que en ella se trató de dar un carácter más humano á la guerra, pero este hecho no está suficientemente probado.

Rotas de nuevo las hostilidades, el ejército avanzó por dos caminos distintos; uno por la abra de Bilbao, hácia Portugalete, y otro por la altura de las Muñecas, mientras D. Cárlos no volvió á parecer, ni en la batalla de aquel nombre ni en la de Galdames, que precedieron al levantamiento del sitio de aquella plaza. Despues de este resultado, don Cárlos aparece en Guipúzcoa entretenido con las intrigas y cabildeos de su errante córte, y haciendo que lo pintaran como un héroe de los tiempos antiguos en *El Cuartel Real*, que era el periódico de los carlistas.

IV.

Poco, muy poco podemos decir del pretendiente respecto de proezas militares; pues no consta, como hemos dicho repetidas veces, que se le viera, sino alguna que otra vez, en los puntos avanzados de su ejército, y esto por breves instantes. Aparecia como relámpago y desaparecia de la misma manera. Sin embargo, no era de los que acostumbraban á permanecer quietos en un punto solo. Unas veces en Estella y otras en Durango se ocupaba en pasar sucesivamente, ya de Navarra á las provincias, ya de estas á Navarra, contándose de él no pocas aventuras amorosas, á las que era bastante aficionado.

Alejado de la guerra, muy poco diremos de ella, puesto que D. Cárlos no influyó en ninguna accion. Cuando la batalla de Monte-Muro, donde murió el general Concha, pudo haber sacado inmensas ventajas de aquel suceso; pero contentóse con una proclama que era el recurso que él encontraba para salir de todo género de situaciones. Lo mismo ocurrió cuando las batallas que se libraron en la línea del Arga para librar á Pamplona, pues mientras D. Alfonso de Borbon, ya rey de España, compartia las fatigas de sus soldados en las alturas de Santa Bárbara, D. Cárlos permaneció en Estella esperando que los suyos lo hicieran todo.

La pretensiosa jactancia de D. Cárlos se comprendió en la

carta que escribió á D. Alfonso XII, haciéndole ver la legitimidad de su derecho, carta que fué desdeñada, como era natural, por el gobierno de Madrid.

Desde que se verificó la restauracion en España, la desconfianza más suspicaz principió á reinar en el campo de don Cárlos: tanto más cuanto este, apegado al principio autoritario, no podia admitir sino una ciega obediencia en todo. Desde luego, el pretendiente se hizo receloso y tenia motivos para ello. El gobierno de Madrid se habia entendido definitivamente con Cabrera, y éste, por medio de un convenio que ha permanecido secreto hasta ahora, pactó con comisionados del mismo gobierno, no solamente el reconocimiento á D. Alfonso, sino el que fuesen reconocidos ciertos grados y ascensos á los que procedentes del ejército habian tomado parte á favor de la causa carlista por huir de los desórdenes de la revolucion.

Cuando D. Cárlos supo la realidad de este convenio celebrado en París, y del que pudo hacerse de una copia sustrayéndola por medio de dineros ó de intrigas de la embajada española, comprendió la nube que se venia sobre él y expidió un decreto exonerando á D. Ramon Cabrera y Griñó de todos los grados, títulos, honores y condecoraciones que por el partido carlista estaba investido, declarándolo traidor á su causa. Esto escitaba mucho más al pretendiente, puesto que muchos oficiales que servian en sus filas estaban dispuestos á reconocer el convenio hecho por Cabrera y por los amigos de la paz. Desde luego, las sospechas del pretendiente recayeron sobre el que era entonces del ejército carlista D. Torcuato Mendiri, sobre Dorregaray que mandaba las facciones de Valencia y Aragon, y sobre otros que no temian expresar sus opiniones acerca de una guerra que no podia traer para el carlismo sino desengaños aun mayores que los experimentados hasta allí.

Obligado D. Cárlos á tomar sobre sí el peso de los asuntos más importantes de su causa, invistió á Pérula de poderes extraordinarios para que hiciera la guerra á todo trance, mientras él protestaba sin descanso contra las intrigas que por todas partes le rodeaban.

Preciso es convenir que si bien Pérula, que era el más fanático de los carlistas, carecia de dotes militares, en razon á que era hombre que antes de la guerra era un simple procurador, dió á la última campaña un impulso extraordinario,

por lo que resultaron los sitios de Irun, Hernani, San Sebastian y toda aquella série de operaciones que fueron, por decirlo así, el último y desesperado esfuerzo de la causa del pretendiente.

D. Cárlos tuvo entonces que desplegar mayor actividad, y aunque todos los dias no llegaban á la córte de Estella nada más que noticias de reveses y contratiempos, habia necesidad de levantar el espíritu de los suyos, y menudearon las proclamas, las frases de confianza y la seguridad en el triunfo.

Para que esto tuviera todos los visos de formalidad, aprovechóse D. Cárlos de una circunstancia para demostrar su jactanciosa arrogancia. Con motivo de temerse que los Estados-Unidos declarasen *beligerantes* á los rebeldes que en la isla de Cuba pretenden la independencia de aquella hermosa isla, se creyó en Madrid que tal vez llegaría el extremo de sostener una guerra contra la República norte-americana. Pues bien, con este motivo D. Cárlos escribió una carta á D. Alfonso XII ofreciendo su ejército y *escuadra* para sostener la integridad de la pátria, debiendo mientras tanto haber una tregua entre los dos ejércitos enemigos.

El Gobierno de Madrid ni siquiera contestó á semejante ofrecimiento, y siguió con mayor empeño las operaciones de la guerra, las cuales habian de dar el resultado de la paz. A medida que se acercaba la tormenta, D. Cárlos menudeaba los consejos y acabó por escribir la penúltima proclama en la que exponia á los suyos la verdad, diciendo el número de soldados que iban á caer sobre ellos y además las inmensas dificultades que en aquella última prueba les quedaba por vencer. No dejaba, sin embargo, de temer los traidores, resultando de aquí las diversas noticias que por entonces circularon de que habian sido fusilados Mendiri, Patero, Dorregaray y otros de procedencia isabelina.

Lo que pasó en la córte del Pretendiente en los últimos meses de su dominacion en las Provincias Vascongadas aun no es muy conocido por la historia; mas desde luego se puede inferir que todo eran temores y sospechas. Ultimamente cuando llegó el desenlace final, cuando los ejércitos de don Alfonso entraron por todas partes, no se vé en ninguna á D. Cárlos. Los soldados se baten, Estella sucumbe, los carlistas se ven cercados, y cuando no hay medio de salvacion, entonces, en el último dia, cuando todo está vencido y dominado; cuando levantados los sitios de Irun

Fuenterrabía, San Sebastian, Hernani y otros; cuando en todos los fuertes carlistas ondea la bandera de D. Alfonso XII; entonces D. Cárlos, con los últimos restos del carlismo, llega al puente de Arnequi, línea divisoria de la frontera, y allí dirije su última proclama, en la que declara que, vencido por la *adversa fortuna*, se vé obligado á abandonar á España, pero no á dejar sus derechos á la corona de la misma.

Tal fué la vida militar de D. Cárlos durante los cuatro años de lucha sangrienta que ha llenado de luto el suelo español; pero como esta parte es acaso una de las ménos interesantes del Pretendiente, porque casi siempre brilló por su ausencia de á donde los suyos dieron pruebas de valor y de constancia, conviene que le sigamos en el destierro, ó mejor dicho, en el ostracismo; pues aquí es donde se vé el carácter y las ideas de este personaje que tantas calamidades ha traido sobre el país.

No bien entró D. Cárlos en Francia presentóse cómo otro hombre distinto. Quiso aparecer severo y resignado ante el infortunio, pero no tuvo tiempo más que para almorzar en Bayona, cuyo almuerzo no se pagó al pronto por un olvido, y por lo que el fondista reclamó su importe, el cual fué satisfecho. Era tal la premura del viaje del Pretendiente, que no se detuvo en París sino muy pocos instántes, y marchó con su aturdida córte á Inglaterra, para apurar allí los amargos desengaños que acababa de experimentar.

Una vez D. Cárlos en Lóndres, se sustrajo á la vista de sus amigos y parciales, y se encerró en una habitacion de James Street, donde fué á residir y á ocultar el dolor de su derrota. Como era natural, el gobierno español envió agentes detrás de él para que lo vigilasen; mas pocas ó ningunas noticias podian estos dar de él, puesto que no estaba visible sino para sus más leales servidores.

A causa de esta clausura, los agentes que iban detrás de él perdieron, por decirlo así, la pista, y por espacio de algun tiempo no supieron dar noticia ni de sus actos ni de su paradero. Quién decia que no estaba ya en Inglaterra, quién que habia vuelto á Francia, quién que lo habian visto en Bruselas, y quién, por último, que viajaba por Alemania. Algunos llegaron á suponer que estaba de nuevo oculto en la frontera para mantener en pié las esperanzas de los parciales; pero cuando eran más contradictorias las noticias,

acerca del Pretendiente, despachos de América avisaron al gobierno de que D. Cárlos se dirigia á la Isla de Cuba, lo cual produjo la alarma que era natural, dadas las condiciones en que se encontraba la preciosa Antilla. De resultas de esto, se esparcieron diversos rumores acerca de que D. Cárlos estaba de acuerdo con los rebeldes y filibusteros de la Isla; pero todo esto perdió su novedad é interés, luego que se supo que el ex-príncipe habia desembarcado en Vera-Cruz, dirigiéndose á Méjico con el carácter de incógnito.

Bastó esta no explicada visita al antiguo imperio de Motezuma, para que se dijese que habia un proyecto por el que D. Cárlos seria proclamado emperador de la Nueva España; pero fuera de esto lo que se quiera, es lo positivo, que aún todavía no se sabe el verdadero carácter del viaje que el Pretendiente hizo á la república mejicana.

D. Cárlos fué atendido y obsequiado en aquel país, más bien por la curiosidad que inspiraba, que por otra clase de sentimiento; recibiendo demostraciones de esa simpatía que inspira la desgracia, y siendo obsequiado por algunos antiguos españoles que aun viven en aquella tierra. En las conversaciones que sostuvo D. Cárlos con las personas que fueron á visitarle, se mostró prudente y reservado. Dos noches asistió al teatro en Méjico, y allí recibió una demostracion, más bien de simpatía hácia España que no hácia la causa que simbolizaba. Despues de estar bastantes dias en aquella capital, dando lugar con su estancia en ella á multitud de absurdos comentarios, partió D. Cárlos á los Estados-Unidos, con el ánimo de visitar la exposicion universal de Filadelfia.

No bien llegó á Nueva-York, el espíritu especulativo de los norte-americanos trató de explotar la estancia del Pretendiente en aquel país, cuya personalidad despertaba en aquella ocasion la curiosidad de los yankées. Al efecto, en uno de los numerosos teatros de aquella ciudad inmensa, y con el deseo de especular, se dió una funcion en su obsequio, se adornó con banderas el palco y se saludó su entrada con la marcha real; pero muchos españoles allí residentes protestaron ruidosamente de aquel hecho, si bien siguió la representacion, que dió muy pingües resultados á los empresarios.

Era tal el interés de la curiosidad, que vamos á copiar una anécdota ocurrida por aquellos dias en uno de los hote-

les de Filadelfia, á raíz de la llegada de D. Cárlos á aquella ciudad, y que circuló por todos los periódicos norte-americanos.

Una mañana presentóse en dicho hotel un caballero de buen porte, con su equipaje, y el camarero de servicio dispuso sobre la marcha la habitacion que habia de ocupar. Mas al indicarle, con la mayor finura, que escribiera su nombre en el libro de la casa, el caballero escribió con letra clara y hermosa: «D. Cárlos.»—El camarero le miró asombrado y exclamó:—¡Cómo! Es usted el príncipe?—No, repuso el caballero.—Eso mismo decia yo, contestó el camarero más asombrado aún; porque á lo que entiendo el príncipe es trigueño, de barba negra, y usted es blanco, de barba rubia...—Esto es, replicó el caballero. Nuevo asombro del camarero.—Pero entonces, exclamó: cómo se llama usted?—D. Cárlos, replicó el otro.—Hombre, hombre, ¿quiere usted decir su nombre verdadero? dijo el encargado del hotel.—No puedo, respondió el caballero; viajo de incógnito.

Semejante suceso produjo una gran sensacion, primero en la fonda y luego en la ciudad, y el forastero pasó por el Pretendiente, hasta que se supo que éste se encontraba en otro hotel, y que el supuesto príncipe era un andaluz de buen humor.

D. Cárlos visitó cuidadosamente la magnífica exposicion de Filadelfia, y por más que hizo, no pudo quitarse de encima la observacion de muchas personas que él tomaba por espías.

A su vuelta á Nueva-York ocurrióle lo siguiente, que refiere un periódico de aquella ciudad:

«Desde que D. Cárlos llegó á esta ciudad, se fué á vivir al hotel de Windsor, acompañado de su comitiva. Hace dos semanas un individuo quiso tomar en el hotel una habitacion, que le fué negada por Mr. Waite, uno de los propietarios del establecimiento, al reconocer en dicho individuo á un agente de la policía á las órdenes de Henry Davies, que recibe las del gobierno español. Mr. Waite no sospechó que el agente tuviese intenciones de vigilar á D. Cárlos. Por aquellos dias notó este príncipe que cuatro hombres ejercian sobre él un espionaje contínuo. Ya saliese á pié, ya en coche, los cuatro no perdian de vista al Pretendiente; el centro de sus operaciones era la cervecería de Van Clanu, situada en la esquina de la calle 45 y la de Quinta Avenida.

El oficial de policía que funcionaba en el hotel de Windsor, tuvo noticia del espionaje que envolvia á D. Cárlos, y dió cuenta al inspector Thorne de las quejas del príncipe.

Ayer, el inspector participó lo que ocurria al juez Kasmire, del Tribunal de la calle 37; y añadió, que D. Cárlos estaba dispuesto á demandar á los cuatro espías, agentes del ya nombrado Davies. El juez Kasmire, contestó al secretario de D. Cárlos que, al abandonar el Tribunal para entenderse en un asunto de cierta importancia, llevaba á cabo un caso desusado entre la magistratura de los Estados-Unidos, y al que solo le habia compelido el deseo de favorecer á un extranjero que se hallaba en una situacion apurada. Agregó, que si el príncipe necesitaba del amparo de la justicia de los Estados-Unidos, lo recibiria en el Tribunal, cuando hubiese terminado la entrevista, que en aquellos momentos celebraba con un caballero americano.

Algunos minutos despues entraba D. Cárlos en el gabinete de Mr. Waite, fumando un cigarro.

Saludó cortesmente á los circunstantes.

El juez Kasmire dijo á Mr. Waite que preguntase al príncipe si deseaba demandar á alguien ante los tribunales de la nacion americana. D. Cárlos contestó que ya no tenia tal intencion. Aseguró luego que no tenia miedo á los cuatro espías, pero que le molestaba sobremanera ser vigilado como un criminal.

—No quiero,—dijo el príncipe,—aparecer ante el público en un salon de tribunal y en asunto de esta naturaleza.

El juez Kasmire le respondió que no necesitaba aparecer ante el público, pues el asunto se ventilaria en el gabinete reservado que tiene el juez en el tribunal, y cuando al príncipe le conviniese.

Visto que el príncipe no queria entablar demanda alguna, se convino en que su seguridad corria á cargo del inspector Thorne, y que si los cuatro espías volvian á molestar al Pretendiente, serian llevados ante los tribunales.

Damos estos interesantes pormenores que creemos serán leidos con gusto por los que estudian esta historia, y oigan á continuacion otra historieta que constituye el carácter del Pretendiente:

Una nueva aventura de D. Cárlos refiere el *Sunnay*

Mercury de Nueva-York, del dia 3 de Octubre en los siguientes términos:

«D. Cárlos, duque de Madrid, pretendiente á la corona de España, partió ayer tarde á bordo del vapor *Britanny* para Liverpool. Figura en los registros de la compañía como duque de Madrid. Le acompañan los marqueses de Ponce de Leon y Velasco, el vizconde de Monserrat y el doctor Machado Coelio.

El príncipe y su comitiva ocupan los mayores camarotes del vapor, separados de los destinados á los demás pasajeros. De Liverpool pasarán á Lóndres en tren especial, é irán luego á París á reunirse con doña Margarita, que hace seis meses espera á su esposo.

D. Cárlos se ha dado muy buena vida durante su permanencia en Nueva-York; con dinero abundante y amigos dispuestos, ha gozado de todos los placeres de la gran ciudad.

Algunas anécdotas han circulado sobre el príncipe? no todas merecen crédito, y por este motivo nos limitamos á referir las que tienen más visos de autenticidad.

Hace unos dias fué el príncipe á una casa de la calle 16, en la que vive una jóven francesa.

El susceptible corazon de D. Cárlos quedó cautivo de la bella hija de la Gália, que tuvo bastante poder para retener al lado largo rato al duque de Madrid.

Este, al despedirse entregó el anillo con su sello á la francesa, y la dijo:

—Cuando yo sea rey de Espana, envíeme usted este anillo y haré por usted lo que me pida.

Es probable que la jóven soñase aquella noche grandezas y prosperidades, y se creyese, cuando menos, dueña de España y de sus Indias...

A la mañana siguiente, un caballero que hablaba en pésimo inglés, se presentó en la casa y pidió á la linda señadora el anillo de que D. Cárlos en un acceso de generosidad se habia desprendido. Ella rehusó devolver la joya. Sobrevino una discusion bastante larga; ambas partes apuraron los argumentos. Al cabo se convino en que el anillo volveria á manos del duque de Madrid... mediante el pago de cien dollars á la francesa.

Así se hizo.

No sabemos si la jóven recibió oro ó billetes de Banco; creemos que á este detalle le daria poca importancia.

CONCLUSION.

Como hemos indicado, D. Cárlos se embarcó el 2 de Setiembre para Europa, y su viaje fué rápido y feliz.

Su esposa doña Margarita, con el deseo de esperar al ex-príncipe, habia llegado á París en los primeros dias de dicho mes, y se hospedó en un chatelet situado detrás de la Maison Lagardeva, siendo acompañada por algunos personajes afectos á la causa carlista. Al mismo tiempo salian de París más de ochenta individuos de los que formaban la escolta de D. Cárlos y otros caudillos de su campo, entre los que iba el ex-cabecilla Saballs, con ánimo de recibir á su *señor* tan luego como llegó á aquella populosa capital. En efecto, el dia 16 del expresado mes, el ex-príncipe llegó á Liverpool, despues atravesó el estrecho de Calais y llegó á París en la noche del dia 22 por el tren-correo de Calais y Lóndres, acompañado solamente de su ayudante Velasco. En la estacion del Norte le aguardaba su coche, en el que se trasladó al ex-palacio de la reina Cristina, esto es, el núm. 49 de la calle de la Pompa, en Passy, donde aguardaba doña Margarita, de quien estaba separado hacia seis meses, su hijo D. Jaime y sus cuatro hijas. El 23 llegaron de Lóndres por la mañana los ayudantes de D. Cárlos señores Rubin y Huelves. En la capital de la Gran Bretaña quedó el señor Ponce de Leon para ir recogiendo los regalos hechos á D. Cárlos durante el viaje, así como para arreglar algunos asuntos pertenecientes á su rey, los cuales tenian relacion con los empréstitos que durante la guerra habia contraido el Pretendiente.

Al dia siguiente de su llegada le visitaron los cabecillas Lizárraga, Iparraguirre, Algarra, Vallejo, Bosch, Gordá, y otros carlistas civiles y militares ménos conocidos, notándose que D. Cárlos venia como aleccionado por la enseñanza de los viajes. Desde el momento de su llegada la prensa francesa se ocupó de su viaje y dió muchos detalles de él, especialmente sobre la conducta que principió á observar en aquella capital. Una de las noticias que circularon con más insistencia, y que todavía adquiere bastante crédito, es la de que D. Cárlos no trabajaria ya sino en sen-

tido pacífico en favor de su causa. Que desengañado por los males inútiles que habia producido al país, acaso aleccionado con lo que habia aprendido en América, su objeto no era otro que el de aspirar por las vías legales al trono de España y que haría concesiones al espíritu moderno, quitando á su partido el carácter de ultramontano, ó sea el de fanatismo religioso que siempre hubo de tener, dando entrada en él á ciertos elementos liberales, tales como los que pueden tener cabida en cualquiera monarquía conservadora. Al efecto el telégrafo se apresuró á decir que D. Cárlos se proponia publicar un periódico trilingüe que alternativamente se publicaria en París y en Lóndres, y el cual llevaría el título de *El Pensamiento Católico*, y seria el eco fiel de sus nuevas ideas. Este periódico se anunció diversas veces, y hasta se indicaron los nombres de las personas que habian de formar la redaccion; pero despues se desistió de esta idea, lo cual prueba que D. Cárlos, léjos de abandonar los principios absolutistas que constituyen la base de su irrealizable política, sigue persistente en ella.

En los primeros dias de su estancia en París, la conducta de D. Cárlos fué prudente y reservada, á fin de neutralizar las desconfianzas del gobierno francés, que solo hubo de consentir la estancia en Francia de este personaje sino mediante ciertas condiciones; por consecuencia, recibia á muy pocos y únicamente á sus más íntimos partidarios, escusando las visitas de los legitimistas franceses y del clero para no dar á entender que á la sombra de la hospitalidad francesa podia de nuevo ir preparando una segunda guerra, por más que esta sea con fundamento rechazada por el país.

A la verdad la vida de D. Cárlos desde que se vió definitivamente vencido en los campos de Navarra, es completamente retirada y nadie ó muy pocos saben sus pensamientos hasta que los ejecuta: por eso ni el gobierno ni los agentes que éste tenia en Lóndres, supieron nada de su viaje á América hasta que el telégrafo de la Habana avisó su presencia en aquel país.

Ultimamente, la prensa dice que piensa hacer un viaje por Escocia, Irlanda y el Norte de Europa; pero estas noticias deben acogerse con mucha reserva. Lo que hoy resalta más en sus actos es la defensa que está haciendo de uno de sus más sanguinarios cabecillas, Rosa Samaniego,

cuyos hechos han dejado en Navarra los más horribles recuerdos. Rosa Samaniego es aquel que arrojaba sus prisioneros en la espantosa sima del Esquinza y cuyos mutilados esqueletos encontró más tarde el ejército libertador.

Reclamado este famoso bandido por el gobierno español, no como cabecilla carlista, sino como reo de delitos comunes, ha sido preso en Bayona y en la actualidad está pendiente este curiosísimo asunto, puesto que el gabinete francés está empeñado en que Rosa Samaniego es un reo político, y por consiguiente que no pesen sobre él los derechos de la extradicion, y el gabinete español sigue reclamándolo para juzgarlo con arreglo á las leyes. D. Cárlos ha tomado, como es natural, cartas en favor del sangriento partidario de su causa, cuya historia publicaremos muy en breve, y eleva al gabinete francés reclamaciones en sentido contrario al gobierno español.

Por lo demás, referiremos, para que nuestro trabajo sea completo, algunas conversaciones que D. Cárlos ha sostenido con los representantes más acreditados de los diarios ingleses, y que estos han estendido por toda Europa; pues aunque las relaciones indicadas no tengan otro carácter que el de la confidencia, siempre dará una idea acerca de la actitud de un personaje, que como D. Cárlos, ha adquirido tan triste celebridad.

«D. Cárlos, dice el corresponsal del *Dally News*, vive muy retirado, se levanta temprano y se consagra en un despacho, sencillamente amueblado, á leer libros de viajes, á los que parece tener particular predileccion. Sus dos ayudantes, Sres. Velasco y Salces, están siempre en una antecámara para anunciar las visitas que se presentan, que por regla general suelen ser españoles que ya por curiosidad, ya por afecto, quieren verlo. Estas visitas no pueden verificarse ínterin el Sr. Algarra, secretario del Pretendiente, no da el consentimiento de introduccion, puesto que hay de antemano necesidad de conocer el carácter y las intenciones del visitante. Una vez conseguido el permiso, es muy fácil llegar á ver á D. Cárlos. Este recibe en un salon de su palacio, de pié y con cierta familiaridad. Se deja llamar S. M. por sus adictos, da á besar su mano y habla de *tú* á los mismos. Cuando se presenta alguno que no es carlista, entonces le habla de usted, suprime el título de S. A. que suelen darle, si bien admite que le llamen por el título de Duque de Ma-

drid, que es el que oficialmente le reconocen aun las mismas autoridades extranjeras. Cuando la visita es de cierta intimidad y de cierto carácter ofrece cigarros al que conversa con él. Diversas veces los extranjeros han procurado explorar sus intenciones respecto de sus planes y futura conducta, pero siempre se ha mantenido muy reservado; sin embargo, aunque confía en el triunfo de su causa, dice que no volverá jamás á intentar aventuras de guerra en las que muchos ganan y solo pierde el país. La verdad es que D. Cárlos parece profundamente desengañado: sale poco y solo; por la tarde da alguna vuelta por los alrededores de Passy, que es donde tiene su morada.

¡Es estraño! Vive en el mismo palacio, y tiene los mismos muebles que usó hace poco doña María Cristina de Borbon cuando dejó la rue de la Pompe para venir á España á visitar á su nieto el rey D. Alfonso XII. La historia tiene estas coincidencias, que aunque nada dicen en sí, presentan grandes lecciones acerca de las vicisitudes humanas. Segun el mismo corresponsal, cuyas noticias vamos extractando, D. Cárlos no ha dejado de hacer observaciones acerca de esta circunstancia: vive en las mismas habitaciones, y su servidumbre inferior es la misma de doña María Cristina. Parece ahora más consagrado á su esposa é hijos que cuando estaba en España, pues es sabido que hubo serios disgustos en el matrimonio á causa de las flaquezas del corazon de don Cárlos.»

Hasta aquí el mencionado corresponsal.

Hoy D. Cárlos, como hemos dicho, está en París: parece que está á la espectativa y muy poco se sabe de los actos de su vida. Si su ambicion desmedida no está satisfecha, si es que sueña en el fondo de su retiro con una esperanza que siempre será irrealizable, porque sus ideas están completamente rechazadas por el espíritu del siglo, bien puede contentarse con los desengaños pasados, y aprender en la historia, pues ella le dirá que jamás podrán tener realizacion las ideas de poseer una corona que no le corresponde.

FIN.